



ANTONIO PEREIRA, es leonés de Villafranca del Bierzo, nacido en 1923. Publicó sus primeros versos en "Alba", "Espadaña" y otras revistas literarias. Su obra lírica hasta el presente se encuentra contenida en tres libros: "El regreso", "Del monte y los caminos" y "Cancionero de Sagres".

Como narrador ha obtenido el premio Leopoldo Alas 1966 por su libro "Una ventana a la carretera", y la Hucha de Plata del Concurso Internacional de las Cajas de Ahorros 1967 por el cuento "Un Quijote Junto a la vía".

Su más reciente salida editorial es la novela "Un sitio para Soledad", publicada en Plaza y Janés.

Colabora en televisión y en la prensa diaria, especialmente en "La Vanguardia" de Barcelona donde firma una sección fija bajo el título de "Oficio de mirar".

Leonín y el Obispo

por ANTONIO PEREIRA

Siempre que viene un personaje, y aquí acontece de higos a brevas, pienso que si no me apuro a verlo de cerca es por lo que aprendí de Leonín.

El chico del señor León, el herrero del Hondo del Campo, empero a perder el apetito ya moverse como el azogue sin que hubiera ferias, ni Reyes, ni procesiones a fecha próxima. Preguntaba a su padre:

-Padre, di, ¿será verdad que viene el Obispo?

-Acaso venga; si acaban la iglesia nueva. Leonín, al salir de la escuela de los párvulos, ni un día dejaba de pasar por delante de la iglesia nueva, donde los obreros eran perezosos hasta que un hombre menos obrero les daba voces. Si Leonín se atreviera, también él les gritaría para que se afanasen más.

Se hablaba que iba a venir el Obispo. Leonín, aunque de manera confusa, distinguía entre los simples rumores y las noticias serias. La noticia seria la dio don Estanislao en la catequesis: vendría el señor Obispo, el domingo de Pentecostés.

Leonín corrió a casa más excitado que nunca y se arrimó a su padre, que golpeaba acompasadamente sobre el yunque. En una pausa, preguntó el niño:

-Padre, di, ¿falta mucho para el Pentecostés?

El señor León se quedó parado, mirando fijamente para los carbones del fogón; luego hizo una seña al rapaz; entendió éste a la primera: se lanzó gozoso, atendiendo la muda invitación, a tirar del fuelle; una alegre verbena estalló en la fragua, haciendo más vivo el fuego. Cuando murió la última chiribita, y con ello la distracción, Leonín volvió a su tema:

-Di, padre, ¿cuándo viene el domingo de Pentecostés?

Choca un poco, ¡a que sí!, la ternura de un herrero. Pues el señor León fue y puso con mucho tiento su manaza sobre el pelo claro del rapaz, como con miedo de lastimárselo.

-Pentecostés, así con ese nombre... Pensó que tendría que arriesgarse:

-Más o menos caerá por la Ascensión. ¡Eso!, el domingo antes de la Ascensión.

Días después, unos anuncios impresos en letras gordas sobre papel de colores, como para las: fiestas del Cristo, andaban pegados con mucho engrudo por las paredes; también se los veía en los escaparates de las tiendas, hasta en las cristaleras de los cafés: «El señor Obispo llegará a nuestra hidalga villa el domingo 10 de junio, a las once de la mañana. ¡Todo el vecindario como una sola oveja a recibir al amado pastor!»

Luego era el 10 de junio, domingo, el domingo de Pentecostés. No le había andado lejos el señor León. Leonín iba llevando la cuenta de los días que faltaban, desde el más al menos, como harían los hombres, años después, para mandar los cohetes a la Luna: nueve, ocho, siete, seis ... Cada mañana, al despertarle por la ventana de su cuarto el sol goloso de la primavera, lo primero que hacía el niño era dejar al día su contabilidad. Después se ponía a pensar, a pensar toda la mañana y toda la tarde en lo que podría ser el Obispo; y sólo Dios sabe las fantasías que puede fabricar un niño: sobre todo un niño como Leonín,

El Cristo ya se sabía lo que era. Leonín lo recordaba del año pasado; incluso de dos años o tres. Pero un Obispo no había venido jamás al pueblo, en la vida, corta, de

Leonín. De manera que el niño empezó a desmejorarse visiblemente; tanto que su madre, una honesta mujer humilde y limpia, estaba más impaciente que el propio rapaz, y algo parecido le pasaba al padre, el bravo herrero León.

Aunque él hiciera su propio cómputo, Leonín no dejaba de preguntar cada mañana:

-Padre, di, ¿falta mucho para que llegue el Obispo?

A su madre la atosigaba con los detalles. Que si el Obispo será más alto que padre. Que si cabrá por bajo el arco que le están haciendo. Que si mete miedo a los más chicos. Que si manda más que el brigada de la Guardia Civil.

La verdad, conviene decirlo, es que todo en el pueblo contribuía a encender la fantasía de Leonín. Desde que aparecieron los anuncios, los obreros de la iglesia nueva trajinaban como locos, sin que aquel otro hombre menos obrero tuviera que darles voces. Leonín, que se fijaba en todo, notó que blanqueaban la casa del cura, y una tarde, por un ventano del cuartel, vio a los guardias que le sacaban brillo a los correaes.

La víspera fue angustiosa:

-A ver, padre, ¡que no lleguemos tarde a ver al Obispo!

Lo acostaron temprano. La vecina que todo lo sabe recomendó un agua de azahar, que no es mala de beber y tranquiliza los espíritus. El chico se durmió pronto, más por virtud del cansancio que por la tisana misma. Aun en sueños, cambiando a cada poco de postura, seguía a vueltas con su asunto:

-¡El Obispo! ¡Qué viene el Obispo! Tuvieron que vestirlo con mucha anticipación. Faltaban dos horas, ¡todavía!, para el acontecimiento. Una vez y otra Leonín salía a la calle; olía como un perrillo el aire inequívoco de la fiesta; entraba a comprobar si a su madre le faltaba mucho de arreglarse el pelo, si La barbera de su padre iba por la primera o la segunda mano.

En la plaza no había demasiada gente: los notables parecían inquietos. Sin embargo, a la primera de las bombas empezó a congregarse como por milagro una muchedumbre.

-¡El Obispo, padre! ¡Que ya está ahí el Obispo!

Todavía no. Las bombas querían decir que el personaje entraba en el término municipal. No entendió Leonín, como bien puede suponerse, lo de término municipal. Fue la gota que colma el vaso: el padre, agotada su paciencia, tuvo un momento de rudeza contra el rapaz. Se despegó éste, ofendido y llorica, hasta refugiarse en los alrededores de la madre.

Pero como los cohetes estallaran ya mismo en la plaza y sonara la música y la gente se apretara como un rebaño inmenso levantando nubes de polvo, Leonín se volvió desesperadamente hacia su padre:

-¡El Obispo, padre! ¡Ahora sí que es el Obispo!

El hombre, sin ningún rencor, empapado de ternura, cogía en brazos al pequeño y lo aupaba por encima de su cabeza.

El herrero era fuerte y alto, acaso el varón más alto de todo el pueblo. Sostenía al hijo como si fuese una bandera levantada, orgulloso de darle el mejor puesto para admirar la fiesta. Y en su propio natural, tan duro como el hierro que por oficio domeñaba, el señor León estaba sintiendo un escalofrío que acaso viniera de la Marcha Real, de la pólvora, de las coladuras en los balcones, de la ansiedad contagiosa de Leonín.

Cuando el herrero tendió sus músculos un poco más, su vástago, que abría sin medida los ojos ávidos, alcanzó a abarcar de un golpe el objeto de su larga y atormentada espera.

Fue solo un momento.

El chico se remeció a izquierda y derecha, como queriéndose desasir de las manos que lo tenían. Luego se dejó resbalar por los hombros anchos del padre, por la pechera endomingada, por todo el largo territorio del pantalón recién planchado.

Leonín tocó tierra como quien llega al fondo de un pozo sin agua. Se le oyó decir con desaliento:

-¡Bah!, un cura...

Luego cogió la mano de su padre y empezó una labor tenaz: tiraba de ella como suelen hacer los niños cuando nosotros, los mayores, nos paramos en un escaparate que no es de juguetes, o de charla con cualquiera y no sabemos acabar.